

directamente aniquilada por la dictadura, generaron elípticamente una confrontación en la que homologaron al status de “cadáveres” –el resto del cuerpo humano tras la muerte– a los jóvenes que se mostrasen anuentes, conformistas, acomodaticios o simplemente obedientes ante el disciplinamiento impuesto por el régimen militar y sus colaboradores.

Lucena señala que la última dictadura militar argentina se ocupó especialmente de delimitar y regular los rasgos de la estética adecuada y deseable para los jóvenes, quienes se presentaron como el blanco privilegiado de las acciones “moralizantes” del gobierno militar en su intento por regular conductas, vigilar acciones y prevenir posibles “desviaciones”.²⁸ Todo aquel que escapase a las normas y valores conservadores y autoritarios propuestos por la dictadura sería considerado anormal/enfermo y articulado en la serie de significantes anormalidad-enfermedad-peligro. Esto había adquirido en Rosario ribetes represivos insólitos, por ejemplo, Águila señala que una contravención a las buenas costumbres eran las demostraciones de afecto en el espacio público²⁹, como es el caso de las parejas que se besaban en las plazas, la persecución a los jóvenes que se ausentaban de sus clases escolares y deambulaban por los paseos públicos como también aquellos que veían fumando. Los guardianes de la moral y las buenas costumbres que operaban en una ciudad del interior (al igual que quienes lo hacían en la capital del país), buscaban disciplinar una sociedad considerada “menor de edad” protegiéndola del contacto de libros, revistas, películas, obras de teatro, músicos que juzgaban perniciosos en su cruzada de defensora de los valores cristianos occidentales. Cucaño se apropió de la imagen infantil que el poder había construido sobre la sociedad; si bien sus inocentes acciones parecían juegos, idioteces de adolescentes, perturbaban el ordenamiento cotidiano, al tensionar los ambiguos y porosos márgenes de lo que no era sancionable o sancionado aún por las fuerzas represivas. Con *Las Brujas* Cucaño parodió el imaginario del poder sobre la sociedad, entendiendo la parodia a partir de Agamben como la “imitación del verso del otro en el cual aquello que en otros es serio se vuelve ridículo o cómico”.³⁰

La apelación a la juventud no sólo se daba en clave paródica. El programa de mano de *Lágrimas fúnebres, pompas de sangre*, un montaje del grupo porteño afirma: “Nuestra generación desviada, abandonada, adormecida, aplastada, reventada, agonizante, asesinada, es la doble protagonista de un funeral donde yace y observa al mismo tiempo”.³¹ A partir de esta frase se complejizaba el enfrentamiento social en términos orden/subversión que la dictadura militar fo-

²⁸ LUCENA 2011.

²⁹ ÁGUILA 2008: 238-239.

³⁰ AGAMBEN 2005: 47.

³¹ LONGONI 2012: 42.